

VIII Certamen •
Literario
Caudete 2004



Castilla-La Mancha



Organiza



Colaboran



M.I. AYUNTAMIENTO
DE CAUDETE

COLEGIO PÚBLICO "ALCÁZAR Y SERRANO"
COLEGIO PÚBLICO "EL PASEO"
COLEGIO PÚBLICO "GLORIA FUERTES"
COLEGIO "AMOR DE DIOS"
I.E.S. "RAFAEL REQUENA"
A.M.P.A.S.

desde 1929
75 años de Tintín



**TRABAJOS
PREMIADOS**

CONCURSO DE NARRATIVA JOVEN “EVARISTO BAÑÓN” 2004

LISTA DE TRABAJOS PREMIADOS

Nombre autor/a	Título obra
Categoría A	
1.º ANA LÓPEZ VILLANUEVA	Chipi y Estrellita
2.º ALEJANDRO CANTOS SÁNCHEZ	El pez que quería volar
Poesía	
1.º DIANA BENEYTO GÓMEZ	Poema
Categoría B	
1.º TAMAR MARTÍNEZ CONEJERO	La luna poeta
2.º JONÁS TECLES TRINKNER	El perro que voló
Poesía	
1.º ELENA SANTOS RUBIO	En el fondo del mar
Categoría C	
1.º LOLA MEDRANO FAUSTO	Capitán Flour
2.º ESTHER PÉREZ AGULLÓ	Mi familia de elefantes
Poesía	
1.º ANDRÉS TAPIAS POZO	El canario feliz
Categoría D	
1.º ANA GRACIA BAÑÓN NAVARRO	El sueño de una gota de agua
2.º INMACULADA REQUENA FIGUÉREZ	Hambrientos
Categoría E	
1.º ESTHER CARRIÓN NAVARRO	Diario de una bulímica
2.º PABLO BAÑÓN NAVARRO	El precio de la libertad
Poesía	
1.º ISMAEL MARCO CANTOS	Te quiero
Categoría Especial	
1.º PEDRO ABELLÁN HURTADO	Ritos rotos
Poesía	
1.º VALENTÍN GARCÍA VALLEDOR	Ochenta y cuatro

Categoría A

PRIMER PREMIO **CHIPI Y ESTRELLITA**

Ana López Villanueva

Había una vez un pez llamado Chipi que salió a pasear y vió una estrella de mar.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Estrellita, si quieres podemos ser amigos.

-Vale, dijo Chipi.

Y salieron a pasear juntos; hablaron un poco de cómo vivían solos y era muy aburrido.

El pez Chipi le invitó a su casa, hicieron muchas cosas juntos: jugar, ver la tele y pintar.

Luego dijo Estrellita: ¿Me puedo quedar contigo? Porque yo no tengo una televisión tan bonita como la tuya, ni pinturas como las tuyas y podría traerme cosas que tú no tengas y compartirlas.

Chipi se puso muy contento y dijo:

-¡Qué bien! Ya no estaremos solos y viviremos juntos para siempre.

SEGUNDO PREMIO

EL PEZ QUE QUERÍA VOLAR

Alejandro Cantos Sánchez

Érase una vez un niño llamado Marcos que su mayor ilusión era tener una pecera con peces. En su casa no había animales y él todos los días les decía a sus padres que quería tener peces.

Tantas veces se lo dijo a sus padres que un día llegó su cumpleaños y cual sería su sorpresa cuando uno de los regalos fue una bonita pecera.

Ese día fue el más feliz de su vida, estaba tan contento que se lo enseñó a todos los amigos y familiares. Tenía tres peces y les llamó a uno "NEMO", otro "MIKEY" y el último que para él era especial porque tenía unos colores muy bonitos le llamó "YIMI". Marcos todos los días al venir del colegio les cambiaba el agua y les daba de comer. Pasaba horas y horas mirando a sus peces como se movían con esa facilidad. Pero él todos los días se preguntaba ¿los peces duermen? Y un día se lo preguntó a su padre, que se llamaba Ricardo, y él le contestó: yo nunca les he visto dormir pero pienso que sí.

Pasaron varios meses y Marcos notaba que "YIMI" (su pez favorito) no era como los demás, se movía de forma distinta y hasta parecía que quería volar.

Imaginaros la sorpresa que se llevó Marcos cuando una mañana al despertar vió que su "YIMI" había querido volar, pero como no tenía alas su vuelo fue corto y sólo llegó al suelo. Lo cogió pensando que al meterlo a la pecera volvería a nadar, pero no pudo ser, estaba frío, estaba muerto.

Marcos ese día estuvo muy triste, pensando que ya no volvería a ver a "YIMI", pero pensó que la vida sigue y que tenía que cuidar a los otros dos.

Pronto llegó su santo y su abuelita María le regaló esta vez no un pez, sino dos, que parecían gemelos y les llamó "YIMI 2" y "YIMO".

Esta es la historia del pez que quería volar y colorín, colorado esta historia se ha acabado.

PREMIO POESÍA

POEMA

Diana Beneyto Gómez

*A mí me encanta
la arena para dormir
y jugar, para levantar
castillos sin que se los lleve el mar.*

*Hoy me pellizcó un cangrejo,
y ya no me duele nada
me lo he curado yo sólo
con el agua de la playa.*

*Por la mañana en la playa
fui contigo a pasear
encontramos una estrella
era una estrella de mar.*

Categoría B

PRIMER PREMIO

LA LUNA POETA

Tamar Martínez Conejero

Había una vez una niña a la que le gustaba tanto la luna que dormía siempre con la ventana abierta para verla y pensaba ¡pobrecita la luna siempre sólo ahí arriba, sin poder hablar con nadie y sin poder contar sus poemas tan bonitos y tan tristes!

Así se dormía todas las noches.

La niña sabía que la luna era poeta porque la veía desde su ventana. Una noche muy fría del mes de enero, era la noche que venían los Reyes Magos, la niña pidió muchas cosas: una bicicleta, una mochila y una muñeca; pero lo que más deseaba era conocer a la luna, a la que ella imaginaba contándole sus poemas a veces de amor, otras de tristeza y hasta de risa.

Cuando llegó para ver los regalos a su casa la luna no estaba y se puso muy triste.

Se acostó, miró a la luna y la luna le dirigió una sonrisa.

La niña creía que estaba soñando; pensó decírselo a su madre, pero estaba durmiendo y además la llamaría loca.

Así pasó mucho tiempo y la luna se hizo la mejor amiga de la niña.

Una noche la niña miró al cielo y la luna no estaba.

Pensó que a la luna le había pasado algo, pero no sabía qué.

La niña no sabía que hacer, tampoco podía dormir, jamás le había pasado esto.

Pasaron 3 noches y la luna no aparecía. Vió algo brillar debajo de los pies de su cama. Al principio se asustó, pero luego vió que era la luna. No podía creérselo, era imposible.

La niña le preguntó:

-¿Qué haces aquí?

La luna contestó:

-¿No querías conocerme?

-Sí- le respondió la niña.

-¿Y por qué has tardado tanto?

-Porque desde el cielo hasta aquí se tarda mucho.

Estuvieron mucho rato hablando, pero la luna tenía que irse.

La niña estaba muy contenta y muy feliz. Desde entonces la luna va todas las noches a su cama y le cuenta todos sus poemas y así se duerme. Colorín colorado este lunático cuento se ha acabado.

SEGUNDO PREMIO

EL PERRO QUE VOLÓ

Jonás Tecles Trinkner

En un país muy lejano vivió un perro.

Sabía volar, era marrón con manchas negras y los ojos azules. El perro era de un niño que vivía con su madre en una pequeña casa.

Un día, por la mañana, el perro estaba durmiendo en el jardín, cuando vió que la luna aún estaba en el cielo, llorando. Todas las personas la estaban mirando porque estaba muy cerca de la tierra. El perro la miraba atentamente y cuando bajó la mirada la luna le tiró una nota que ponía:

-Estoy aún en el cielo porque el sol no me deja irme y tú me debes ayudar. Hoy te tienes que quedar despierto porque te enseñaré a volar.

Cuando leyó aquella carta se quedó sorprendido. Y se quedó despierto, aunque hacía mucho frío.

La luna dijo que subiera por una escalera que había. Desde allá arriba, se veía todo el mundo.

La luna empezó a enseñarle a volar pero le costaba mucho. Esa misma noche la luna le explicaba y ayudaba a que volara el perro.

Cuando ya sabía mas o menos volar, le dijo la luna que a la noche siguiente se subiera a la torre Big-Beng para salvarla.

Pero claro eso costaba mucho porque vivía en Málaga. Esa misma mañana se fue en avión, tren y barco, a escondidas porque no había pagado nada. Cuando llegó a Londres fue a subir la torre. Después cortó la cuerda con unas tijeras y la luna le dió las gracias. Luego se fue y el perro volvió a la ciudad. Colorín colorado este cuento ha acabado.

PREMIO POESÍA

EN EL FONDO DEL MAR

Elena Santos Rubio

*Tengo ganas de ir a la playa
con mis gafas de bucear
para ver a los pececitos
del fondo del mar.*

*Veo al pez payaso
también al pez martillo
que me guiña un ojo
porque es muy pillo.*

*Me meto más dentro
¡Y puedo respirar!
esto es increíble
¡qué barbaridad!*

*Nado que te nado
nado sin parar
y me va siguiendo
el caballito de mar.*

*Hay plantas de colores
rojo es el coral
estrellas azules
que durmiendo están.*

*Cuando paso por un sitio
no veo nada
y pronto descubro
que es el pez manta.*

*¡Que bonito es el mar!
tiene colores preciosos
van pasando pececillos
por delante de mis ojos.*

*El cangrejo-araña
tiene patas grandes
y por poco aplasta
al mero brillante.*

*Veo un banco de jureles
todos nadan a la vez
cuando uno se despista
los otros también.*

*El pez ángel
tiene colores hermosos
nada muy deprisa
y es muy cariñoso.*

*Una medusa me quiere picar
pero gracias al calamar
que te echa tinta
me puedo escapar.*

*A lo lejos veo un tiburón
corro a esconderme
y con su gran boca
intenta mordirme.*

*De pronto oigo un ruido extraño
desaparece el tiburón
me despierta asustada
el despertador.*

*¡Qué sueño tan emocionante!
parecía muy real
con lo bien que se estaba
en el fondo del mar.*

Categoría C

PRIMER PREMIO CAPITÁN FLOUR

Lola Medrano Fausto

Una tarde soleada, los peces del barrio marítimo de la Malvarrosa decidieron hacer una fiesta en honor del pez más viejo y sabio del barrio. Ese pez se llamaba Flour, aunque todos los peces le llamaban Capitán Flour.

Os preguntarán: ¿Por qué querían hacerle una fiesta a él precisamente?

Pues yo os lo voy a contar.

El Capitán Flour consiguió que todos los peces pequeños fueran a la escuela a aprender cosas tan importantes como:

-Qué alimentos son buenos y cuales no.

-Qué peces son amigos y cuales no.

-Respetar siempre a los mayores.

-Trabajar por tu barrio.

El Capitán Flour ayudó a la pececita Peti cuando nació su hijo. Peti estaba nadando en busca de comida cuando el mero Boca Grande se acercó para comérsela. Flour, que estaba por allí, le recordó a Boca Grande que recordará lo que había aprendido en la escuela y que Peti era vecina suya y no debía comérsela. Con tanto alboroto Peti sintió los dolores del parto y nació el pequeño Flour, pues fue ese el nombre que se le puso al nuevo miembro del barrio.

Otra cosa buena que hizo el Capitán Flour fue inventar una alarma que avisara a todos los peces de que había un barco que estaba pescando. Esto salvó muchas vidas.

Hasta que llegó Flour al barrio, los peces vivían en cuevas, debajo de las algas, entre los corales. Pero él empezó a construir casas para todas las familias.

Y muchas, muchas más cosas hizo el Capitán Flour, pero si siguiera contándolas llenaría casi mil hojas.

La fiesta comenzó, y había todo lo que una buena fiesta puede tener: música, pape-lillos de colores y mucha comida. Las mamás peces cocinaron los mejores platos marinos que había en los alrededores. Los niños de la escuela hicieron representaciones y cantaron las canciones de sus peces favoritos: Calamar Bisbal, Rape Bustamante, Pescadilla Chenoa, etc...

Pero aunque todo era alegría, un grupo de peces estaban muy serios. Miraban todo lo que estaba pasando allí, pero como con envidia. Eran los amigos de Cour. Éste pez siempre había destacado por su mal comportamiento. En la escuela fue el peor alumno, siempre estaba metido en problemas, sacaba muy malas notas. El Capitán Flour que era el Director de la Escuela puso mucho interés en cambiarlo, pero en vez de conseguirlo, Cour fue teniéndole más y más manía a Flour. Cour formó una pandilla, que era muy temida en el barrio. Los peces pequeños estaban advertidos por sus padres de que no se acercaran a ellos. No hacían nada por el barrio, se dedicaban a nadar y nadar sin nada que hacer.

Cour tenía envidia de la fiesta que se había organizado en honor de Flour. Él quería ser el Jefe del Barrio. Junto a sus amigos ideó un plan para matar a Flour. El Capitán Flour se dió cuenta enseguida de que los de la pandilla de Cour estaban solos, que no participaban en la fiesta y les llamó para que se acercaran.

Cour de muy mala gana se acercó.

-¡Hola Cour! ¿Cómo estás?- preguntó Flour.

-¡Bien!- respondió Cour.

-Hace tiempo que no te veo. ¿Has encontrado un trabajo fuera del barrio?- preguntó Flour.

-¡No!- respondió Cour de mala forma.

-¿Quieres probar el pastel de la Señora Merluza? ¡Le ha salido buenísimo!

-¡No me gustan los pasteles! Yo prefiero los bocadillos de algas. ¿Quieres probar el mío?

Aunque a Flour no le gustaban mucho las algas, pues le producían gases, por ser amable con Cour cogió su bocadillo y empezó a comer.

La cara de Cour cambió. Eso era lo que él quería.

En una de sus correrías con sus amigos, Cour encontró un anzuelo enganchado en un alga y se lo guardó. No sabía para qué, pero lo guardó.

Cour no sabía que ese anzuelo le iba a servir para matar a Flour. Metió en el bocadillo el anzuelo y esperaba que Flour al comérselo se ahogara.

Cour no tuvo que esperar mucho tiempo. Al tercer bocado, Flour sintió que algo se le había enganchado en la garganta y que no podía respirar. Comenzó a moverse mucho y los que estaban a su lado se llevaron un gran susto.

Peti fue la primera en darse cuenta que a Flour le pasaba algo. Llamó a los peces mayores para que la ayudaran, pero no podían hacer nada.

Llamaron al Doctor Lenguado inmediatamente, pero éste no podía hacer nada. El anzuelo estaba muy agarrado.

Mientras que esto ocurría Cour y sus amigos se habían marchado de la fiesta creyendo que habían conseguido su objetivo.

Peti estaba muy triste y recordó como Flour la había salvado de una muerte segura. Y ella no se podía quedar quieta y recordó que llevaba varios días cerca de allí un barco que no pescaba peces, que los cogía para curarlos y luego los devolvía al mar.

Se fue nadando muy rápido hasta donde estaba y empezó a saltar para que la vieran. La verdad es que tenía mucho miedo, pues no sabía lo que hacer. Pegó un salto tan grande que se coló en el barco.

Cuando los humanos se dieron cuenta fueron a cogerla y la metieron en una bañera de agua salada para que no se muriera. Peti buscaba con sus ojos al que todos llamaban veterinario, cuando lo vio dio otro gran salto y se le puso en el hombro. Sin saber cómo empezó a hablarle al oído.

-¡Necesito tu ayuda! El Capitán Flour está muy enfermo y no sabemos que hacer.

El veterinario estaba muy asombrado. ¡Un pez le estaba hablando!

-¡Tienes que venir conmigo!

El veterinario, que amaba mucho a los animales, no se lo pensó dos veces. Se puso el traje de buzo y siguió a Peti hasta el barrio.

Cuando llegó allí, todos los peces fueron a esconderse. Pero Peti les dijo que era un amigo que venía a salvar a Flour.

El veterinario se acercó a Flour. Enseguida se dió cuenta de lo que le pasaba era que tenía un anzuelo clavado en la garganta. Lo cogió con mucho cuidado y se lo llevó a su barco.

Allí cogió una tenazas y con mucho cuidado sacó el anzuelo. Le puso una mascarilla para que respirara mejor y le tuvo que dar unos puntos para cerrar la herida.

Cuando Flour despertó se asustó mucho. Estaba rodeado de humanos. Lo primero que pensó fue que le habían pescado y sintió mucho miedo. No se acordaba de nada de lo que le había pasado.

El veterinario se acercó a él y le dijo:

-¡Flour, no te preocupes! Estás con amigos. Peti vino a buscarnos para que te ayudáramos.

-Pero ¿qué me ha pasado?

-No sabemos cómo te has clavado un anzuelo y has estado a punto de morir.

Entonces Flour recordó todo lo que había pasado. Cour le había dado un bocadillo. Allí estaba el anzuelo.

Flour sintió una gran tristeza, porque a pesar de que Cour se portaba mal, no le creía capaz de hacer una cosa tan mala.

Cuando le quitaron los puntos, El Capitán Flour quiso marcharse a su barrio. El veterinario le acompañó en su viaje. Cuando llegó, todos se pusieron muy contentos, todos menos Cour que ya estaba pensando en ser el Jefe del Barrio.

Flour convocó a todos los habitantes a una reunión.

-Ya estoy bien. Sólo ha sido una alga que no estaba bien y me ha hecho un poco de daño- dijo Flour.

-Pero ¿qué tenía el alga?- preguntaron todos.

-Tenía restos de un barco que se hundió hace tiempo. Os quiero decir una cosa que he aprendido en estos días que he estado fuera. Lo primero, que hay humanos que son buenos y que cuidan de nosotros. También he aprendido que cuando se coma hay que hacerlo con mucho cuidado. Y por último he aprendido que todos cometemos errores y aunque en un momento hagamos algo que no sea bueno, podemos cambiar.

Cour no podía creer lo que estaba oyendo. Él pensaba que Flour iba a decir a todos lo del anzuelo y que había sido su bocadillo el causante de su mal.

No sabía qué hacer, sintió una gran vergüenza. Cogió sus cosas y decidió marcharse muy lejos del barrio. Estaba triste.

Nunca más se supo de Cour, pero desde aquel día el barrio de la Malvarrosa fue feliz y aunque perdió a uno de los suyos, ganó un nuevo amigo. El veterinario les visitaba muy a menudo y les curaba siempre que lo necesitaban.

Categoría C

SEGUNDO PREMIO **MI FAMILIA DE ELEFANTES** *Esther Pérez Agulló*

Érase una vez una cebra llamada Rayitas, que vivía con su madre y con su padre en la sabana africana, hasta que un día sucedió lo que nunca debía haber sucedido. De pronto apareció una manada de elefantes y acabó con la vida de sus padres. ¿Os podéis imaginar cómo se quedó Rayitas?... Pues bien, se quedó huérfana, aunque menos mal que hubo una elefanta que pasó la última de la manada y vio lo sucedido; se compadeció de la pequeña Rayitas, y ¿sabéis que hizo?... pues le dijo a Rayitas que no se preocupara por esa desgracia, que ella iba a intentar reparar el daño que le habían hecho, adoptándola desde ese momento y sería su madre a partir de ahora.

Rayitas estaba muy apenada por lo sucedido e inmersa en tanta tristeza que le pareció buena idea, porque por lo menos no estaría sola y alguien se encargaría de cuidarla como lo habían hecho sus padres hasta el momento de su muerte.

Empezaron una vida nueva, con su nueva familia de elefantes, aunque claro, eran bastante distintos en cuanto a fisonomía, pero empezaron a querer a Rayitas porque algo tenían en común, y era un corazón tan grande y bondadoso que hizo que pudieran amarse y entenderse como si fueran de una misma raza, porque lo importante no es como sean por fuera, sino por dentro. La pequeña Rayitas era una joven obediente y amable, que sinceramente no era difícil quererla. Ella se adaptó estupendamente, aunque no por eso no echaba de menos a sus padres, pero también sabía que ellos habían hecho siempre lo mejor para ella y eso le satisfacía y le daba ánimos para seguir adelante con la nueva familia que también la habían acogido estupendamente...

A la mañana siguiente se fue a jugar con sus hermanos a pillar, ese juego le parecía muy raro, porque ella nunca pudo tener hermanos y no pudo jugar.

Sus hermanos empezaron a quererla un montón y con sus trompas le hacían conquillas. Ella no tenía vergüenza de pedirle a sus hermanos la comida que podían cogerle desde los árboles frutales. Desde ese día se pudo olvidar de sus padres, animándole su mamá elefante y sus hermanos.

Por la noche después de cenar, cuando se iba a la cama, su mamá

elefante le cantaba una canción. Ella quería una canción porque su madre era lo que siempre hacía antes de ir a dormir. Se durmió como un angelito.

Mamá elefante se preocupaba mucho, porque no quería que le sucediera nada a Rayitas, porque empezó a quererla como su verdadera hija.

Cuando se despertó por la mañana, desayunó y se fue a la charca a beber agua.

Mamá elefante se levantó y se dio cuenta de que Rayitas no estaba en la cama, y fue a buscarla toda preocupada, pero menos mal que estaba en la charca y dijo:

-¡Creía que te habías perdido por aquí!

-No te preocupes, mamá elefante, yo también sé cuidar de mí.

Rayitas fue creciendo y haciéndose toda una gran cebra, había aprendido mucho con esta familia, que le fueron enseñando valores muy importantes, como era el compartir con los demás, ayudar en todo lo que podía a su familia y a quien no era de su familia, pues ya os dije que Rayitas tenía un gran corazón desde pequeña, pero fue creciendo con él, hasta que llegó el momento de que ella empezó a formar su propia familia con un amigo que conoció de su misma especie, se enamoraron y quisieron formar su propia familia, aunque no por eso dejó de amar a su familia de elefantes, que al fin y al cabo le ayudaron en todos los momentos que le hizo falta. El amigo que conoció se llamaba Peck, y os contaré porqué tenía ese nombre, y es que en vez de ser a rayas, más bien eran pecas, imagináos un dálmata pero en cebra, que también llegó a sentirse mal porque no era igual que su familia de cebras, nunca tuvo rayas y eso le hizo sentirse diferente a los demás, aunque era una cebra.

Rayitas y Peck tenían mucho en común, se fueron a vivir juntos y tuvieron un hijo que se parecía a Peck y una hija que era casi igual que Rayitas.

A la hija le pusieron de nombre Mili y al hijo Pinki, los cuales fueron creciendo felices con sus padres, sus tíos y abuelos los elefantes.

PREMIO POESÍA **EL CANARIO FELIZ**

Andrés Tapias Pozo

*El canario está en su jaula,
el canario está feliz
todo el día está cantando
no sabe lo que es vivir.*

*Vivir libre como el viento,
como el sol y las mareas
pues él nació en esa jaula
nadie lo sacó de ella.*

*Hoy está triste el canario,
no canta, no está feliz
porque ha visto un pajarito,
que pasaba por allí.*

*Su dueña le abre la jaula,
para ver lo que le pasa
al verse fuera el canario
feliz extiende sus alas.*

*El canario ya está libre,
él canta y está feliz
se va con el pajarito,
que pasaba por allí.*

*Y sabe lo que es la vida,
vivir libre como el viento
volar con sus compañeros
y buscarse su alimento.*

Categoría D

PRIMER PREMIO EL SUEÑO DE UNA GOTA DE AGUA

Ana Gracia Bañón Navarro

Aquella pequeña gota de agua estaba aburrida de vivir en la simple y única fuente de un pueblo diminuto, situado en lo más alto de la montaña. Era un pueblo acomplejado, porque no había niños ni jóvenes viviendo allí desde hacía mucho tiempo. En aquel lugar todo era rutina, siempre se hacía lo mismo y nunca pasaba nada peculiar. Todos se fueron marchando a la ciudad y sólo se quedaron las personas mayores, que habían pasado toda su vida en él.

También a la gota le ocurría algo similar, quería marcharse de aquella fuente para ser una gota más importante, descubrir nuevos lugares que la hicieran feliz y cumplir sus apasionantes sueños.

Estaba desesperada porque allí no había espacio ni comodidad. Siempre era lo mismo, salir haciendo una voltereta por esos largos y oxidados caños, caer chocando fuertemente contra la superficie resbaladiza de la fuente y colarse por una larga y profunda garganta, desde donde la empujaban de nuevo hacia arriba. Un día a la semana tenía que soportar que la dejaran como los chorros del oro, o mejor dicho, del cloro.

Todas las noches, cuando la luna comenzaba su guardia y se reflejaba muy coquetamente en la triste fuente, ella acababa fatigada su faena y comenzaba a soñar. Soñaba siempre lo mismo: que era acariciada cuidadosamente por las manos suaves y tiernas de un niño. Se imaginaba lo divertido que sería resbalarse entre sus dedos y hacerle cosquillas para conseguir que se riera a gusto con ella.

Un buen día, al salir el sol, sin saber ni cómo, ni por qué, ocurrió una cosa muy extraña: aquel pesado y misterioso objeto redondo que impedía que se pudiesen marchar, se levantó de su sitio y todas fueron absorbidas a través de un pasadizo oscuro y tenebroso.

Aún estaba despezándose cuando se encontró en aquella horrible situación, pero no podía parar, porque la corriente le ordenaba por dónde tenía que ir. Poco a poco fue entrando por aquel horrible túnel la luz del día y... entonces, oyó los murmullos de sus compañeras que gritaban y saltaban

de alegría al ver la espuma blanca que las invadía.

Habían llegado a un nuevo lugar totalmente desconocido para ella. Le pareció un paraíso: el cielo, las nubes, los pájaros... todo se veía de otra forma diferente a como estaba acostumbrada desde aquella insignificante fuente.

Alguien dijo:

-¡Disfruta del viaje chica, estamos en el río!

El principio del viaje fue lo más divertido, era como una montaña rusa que bajaba a toda prisa y las rocas se dejaban acariciar una y otra vez, por eso estaban tan pulidas y refinadas. Así pasaron varios días.

Mientras se deslizaban por la larga travesía, ella se inquietaba porque no sabía cual iba a ser su destino. Pero estaba tan feliz...

Su felicidad duró poco, pues, de repente, los gritos de sus compañeras de viaje la sobresaltaron.

-¡Qué horror! ¡Qué susto!- decían todas mientras atravesaban una barrera de mugre maloliente.

-Acabamos de llegar a la ciudad chicas. Es lo más peligroso del camino-dijo una veterana. -Buscad un medio de transporte con el que podáis atravesar esta zona con mayor seguridad.

La pequeña gota temblorosa no sabía lo que tenía que hacer. Esas manchas flotantes de un color muy raro parecía que se la iban a tragar. Por fin encontró algo que la tranquilizó: una solitaria rama venía hacia ella y se refugió en su interior. Estaba tan agotada que con el balanceo de ésta se durmió. Siguió su camino lentamente en su peculiar barquito, hasta que la despertaron los gritos de miles de gotas que cantaban a la vez:

-¡El mar! ¡Hemos llegado a nuestro destino!

A ella el mar le pareció una fuente enorme donde se escondían millones de cosas que aún no conocía. Conforme se iba adentrando, las olas la abrazaban fuertemente y la balanceaban subiendo y bajando sin parar. Lo que más detestó fue el sabor a sal que nunca había probado. Pronto comenzó a sentirse de nuevo desesperada, porque estaba muy lejos de la playa donde jugaban los niños y el invierno parecía que nunca iba a acabar.

Se arrepentía de haber deseado marcharse de su tranquila fuente, que aunque era aburrida, se sentía más segura.

Todos los días le pedía a las nubes el mismo deseo, viajar con ellas y salir de allí.

Un día de mucho frío una gordísima nube quiso concederle su deseo, la absorbió y se la llevó por el cielo hasta una gran ciudad.

Hacía mucho frío y su cuerpo comenzó a transformarse en forma de algodón blanco y cayó lentamente hasta la mano de un niño alegre y feliz que decía:

-¡Mamá, mamá está nevando!- mientras jugaba con los copos que caían amontonándose a lo largo de la calle.

La valiente gota de agua transformada en copo de nieve sintió, por primera vez, el abrazo y el calor de las manos cariñosas de un niño. Le hubiese gustado quedarse para siempre allí con él, pero sucedió lo peor... su cuerpo comenzó a derretirse. Mientras esto ocurría escuchaba la risa contagiosa de aquel niño que nunca jamás olvidaría.

Acabó en un charco sucio de asfalto, pero antes de que se sintiera abandonada y desafortunada una voz que salía de su corazón le dijo:

-No te preocupes, lo importante es donde hayas acabado, sino la ilusión y el empeño que has puesto por conseguir tu sueño.

Entonces ella volvió a recobrar la misma ilusión que tenía desde el principio. La aventura no había hecho más que comenzar.

Categoría D

SEGUNDO PREMIO

HAMBRIENTOS

Inmaculada Requena Figüérez

Sarah era policía. Tenía 26 años y había estado 3 en el cuerpo. Había hecho las oposiciones para policía porque pensó que sería gratificante poder ayudar a la gente. Pero no todo era ayudar, también tenía que cortar la cuerda de los ahorcados, quitarle el cuchillo a los asesinos, recoger los trozos de la gente arrollada por el tren... Esto ella no lo aguantaba, siempre había sido muy asquerosa con la sangre y las heridas, y hasta ella se preguntaba cómo podía haber aguantado tanto tiempo de policía. Pero un día, después de un terrible accidente (tres adolescentes habían muerto arrollados por el tren mientras hacían los locos con las motos en las vías), vio que ya no podía más. Pidió ayuda a sus compañeras para que la ayudaran a buscar un trabajo y una casa donde vivir. Una noche, mientras esperaba en la parada del autobús (su coche estaba estropeado) el viento le trajo un folleto de casas que estaban en venta. Le llamó la atención una casa enorme, un poco destartada, con un jardín y a muy buen precio. Sarah estaba como hipnotizada, no podía dejar de mirar la casa. En ese momento, decidió comprarla, le daba igual el tiempo y el dinero que le costara arreglar la casa, pero tenía que comprarla. Al día siguiente, llamó al número de teléfono que aparecía debajo de la fotografía de la enorme casa. Una voz masculina le informó que la casa era de 1898, y que había estado deshabitada durante más de ciento veinte años. Al cabo de unas pocas semanas y mucho papeleo, la casa era suya.

Cuando llegó a la casa, le sorprendió ver una enorme sombra pasar por delante de una ventana, pero no pensó más en ello. Empezó a arreglar la casa por el tejado, que tenía unas enormes goteras. Luego vinieron las ventanas, el jardín, limpiar los suelos, poner electricidad y agua... Una noche estaba tan cansada que no le apetecía ni coger el coche, que ya estaba arreglado, e irse a casa de su hermano (su antigua casa ya la había vendido) a dormir. Así que cogió unas mantas, ya que aún no había amueblado la casa, y se dispuso a dormir encima de unos cartones. Se durmió enseguida. Pero sobre las tres de la mañana se despertó sobresaltada. Había tenido una pesadilla terrible en la que la casa se le caía encima. Después de tranquilizarse se dispuso a dormir otro rato, pero no podía. Se sentía vigilada, en una casa vieja, ella sola, era un blanco fácil para los psicópatas y personas parecidas. Pero ni mucho menos era lo que la estaba vigilando. Sarah no se podía hacer ni una mínima idea de lo que habitaba entre los muros de su casa. Se tapó hasta las orejas con las mantas y volvió a dormirse, pero fue un sueño intranquilo y ligero. A las siete de la mañana se despertó, se vistió y se fue a su nuevo trabajo, dependiente en una tienda de ultramarinos. A las dos del medio día volvió a su casa. De repente oyó unos ruidos en el desván. Éste todavía lo tenía cerrado y ni siquiera lo había visto. No quería entrar ahí ella sola. Pero al oír esos

ruidos no tuvo más remedio que subir a ver que era lo que había allí. Cogió una escoba y su teléfono móvil y se dispuso a abrir la puerta del desván.

Estaba en penumbra y Sarah corrió hasta la otra punta de la habitación para abrir el ventanal que estaba cubierto de polvo. Allí descubrió un montón de objetos antiguos y que apenas funcionaban. Respiró tranquilamente y volvió a bajar a la cocina. Decidió dejar el desván así hasta que supiera qué hacer con él.

Durante las dos semanas siguientes la casa se fue llenando de muebles y una noche Sarah invitó a todos sus amigos y familiares a una fiesta que ella daría en su casa para inaugurarla. Se lo pasaron fenomenal y pusieron la música a tope. Ya entrada la noche, se fueron todos y Sarah subió a su habitación a acostarse. Estaba rebosante de felicidad y durmió plácidamente. Pero otra vez volvió a despertarse sobre las tres de la madrugada, a causa de una pesadilla. Se tapó con la colcha de su cama e intentó dormirse. Pero otra vez se sentía vigilada. De repente, empezó a oír una puerta que chirriaba, muy suave y lentamente. Después, unas pisadas, el suelo crujía fuertemente. Sarah no se atrevía a darse la vuelta. El sonido de las pisadas estaba cada vez más cerca. Ya estaba en su habitación, al borde de su cama, Sarah estaba muerta de miedo y no se atrevía a darse la vuelta. De repente, sintió una respiración sobre su cabeza, sobre su cuello. El corazón de Sarah estaba como loco, arriba, abajo, pensaba que le iba a dar un ataque al corazón, pero no fue eso lo que le dio, sino un ataque de nervios. Dio un grito tremendo y se volvió. Lo único que le dio tiempo a ver fue unos ojos inyectados en sangre y un resplandor blanco debajo de ellos. Sarah casi se estampa con el ser, bajó corriendo las escaleras encendiendo todas las luces que tenía a su alcance. Llamó a su hermano contándole lo que le había pasado. Él la tranquilizó y le dijo que seguro que había sido una mala pesadilla. Más tranquila, volvió a su habitación, eso sí, con todas las luces de la casa encendidas. Se acurrucó en la cama y se tapó toda la cabeza con la manta. Consiguió dormirse. El día siguiente lo pasó todo el tiempo que pudo fuera de la casa, y hasta casi se consiguió convencer de que sólo había sido una pesadilla. Si ella hubiera sabido con lo que se había encontrado... Pero llegó la noche, y no le quedó más remedio que irse a su casa. Esa noche, por fortuna, no se despertó a las tres de la mañana, pero entre sueños oía ruidos extraños y veía sombras. Pasó justo un mes desde que se encontrara con el ser y no le había pasado nada. Pero a la siguiente noche, volvió a despertarse a las tres, a causa de otra pesadilla. Se dio la vuelta, como había hecho las otras veces e intentó dormirse. Pero otra vez volvió a chirriar la puerta. Y a haber pisadas, esta vez más fuertes. Otra vez volvieron hasta su habitación. Desde su cama Sarah oyó una voz que venía desde el umbral de la puerta, que parecía un susurro, pero parecido a un rugido, un soplido de aire glacial: "Mortal, nos has despertado, y ahora tenemos hambre". Sarah hizo un esfuerzo sobrehumano para vencer su miedo y darse la vuelta muy lenta-

mente. Lo que vio en la puerta la dejó paralizada y sin aliento. Allí había tres figuras negras, más altas que un hombre normal, con un cuerpo delgadísimo, pero que parecía fuerte. Sus enormes pies terminaban en tres dedos con unas afiladísimas garras. Sus largos brazos, que casi tocaban el suelo, también terminaban en una mano negra con afiladísimas garras de casi doce centímetros cada una. De sus hombros nacían dos enormes alas negras, como las de los murciélagos, rasgadas y sucias. Pero su cara era lo más terrible de todo, unos colmillos parecidos a los de los tiburones nacían de su horrenda boca, y su lengua bífida asomaba por entre los afilados dientes.

Sus ojos estaban inyectados en sangre y casi se salían de sus órbitas. Sus orejas también eran enormes, terminadas en punta. No tenían pelo. Su única prenda de vestir que llevaban era una capa hecha de murciélagos, que no paraban de dar chillidos. Sarah no daba crédito a sus ojos. Nunca había creído en monstruos o fantasmas, y tenía a tres figuras demoníacas delante. Pensó que no podría escapar. Pero ella sólo quería salir de allí y olvidarse para siempre de las tres bestias, que avanzaban lentamente hacia ella. Pensó en un segundo cómo podría escapar, pero cuando vio que los seis colmillos se le acercaban, lo único que pudo hacer fue echarles la colcha encima y salir corriendo. Las tres bestias se quedaron un momento sin saber qué hacer, pero enseguida desgarraron la colcha con sus garras enormes. Sarah corría como endemoniada por toda la casa, buscando la llave de su coche, dando gritos mientras las bestias la perseguían dando unos rugidos peores que los de los leones. Salió a la calle buscando su coche. Apenas había salido, la puerta se rompió en mil pedazos, ya que una bestia le había dado un patazo. Encontró su coche, se sentó e intentó meterle la llave para que funcionara, pero apenas podía de lo que le temblaban las manos. Se armó de sangre fría y consiguió arrancarlo y andar unos cuantos metros cuando las bestias se plantaron encima del coche y una de ellas destrozó el motor. Sarah abrió la puerta y salió corriendo, pero apenas a unos cinco metros del coche sintió una mano gélida en su hombro mientras que unos colmillos envenenados se le hundían en el cuello y le desgarraban la carne.

Dos días después, la policía recibía una llamada en la que unas personas les decían que habían encontrado el esqueleto de una mujer cerca de una casa enorme. Pocos días después, Sarah fue enterrada en el jardín de su casa, mientras que seis ojos rojos encendidos detrás de una cortina observaban todo el funeral.

Tres años después, un hombre extranjero compraba la casa de Sarah y se instalaba allí con toda la familia. Todo iba bien, hasta que una noche, la familia oyó unas voces que parecían susurros pero parecidos a rugidos, como soplos de aire glacial, voces de ultratumba que decían: "Mortales, seguimos hambrientos"...

Categoría E

PRIMER PREMIO DIARIO DE UNA BULÍMICA Una voz desde el fango Esther Carrión Navarro

13-8-2003 / 10 p.m.

No puedo más, no lo soporto. Esta tarde he ido a comprar ropa y odio esos espejos que hay por todas partes de las tiendas, que me susurran una y otra vez que soy un asco, y todo el mundo me odia y yo tengo la culpa por estar gorda. Creo que voy a volverme loca porque si eso no era suficiente ya uso una 40. ¡Dios!, mataría por poder ponerme esa 34 tan bonita que llevaba el maniquí. ¡Todo es mucho mejor cuanto más pequeño es! Ir de compras es agotador, pero nunca me perdonaré haber caído en la tentación de comer esa tarrina de chocolate, ¡soy repugnante, me odio! ¡Soy una vaca sin manchas, una morsa sin cola!

Vale, relájate, respira hondo, ¿qué te está pasando? ¿no puede preocuparte de verdad tanto el físico? Se supone que eres inteligente, no lo estropees todo, sabes que si haces lo que estás pensando poco a poco morirás, no te dejes arrastrar.

20-8-2003 / 5 a.m.

Es muy temprano, pero no puedo más, tengo que contarlo porque no sé si estoy feliz o enojada. Toda la noche me gritaba en la cabeza una voz que me repetía: ¡talla 40! ¡Vamos, ¿qué será dentro de tres años? ¿una 55? ¡gorda!

Así que empapada en sudor he ido al baño, he abierto el grifo para camuflar el ruido, y me he metido los dedos en la boca. Al principio no he conseguido nada, pero después de un par de veces me he sentido por primera vez en mucho tiempo delgada, llena de nada, y me he querido un poco. Pasados unos minutos después de vomitar me ha entrado una tos algo áspera porque tengo la garganta algo irritada de meterme los dedos, pero eso no me importa; también noto algo al respirar, pero seguro que no es grave. Sé lo que estoy haciendo, y sé que está mal, ni tan siquiera me reconozco, pero me encanta ese extraño sentimiento de libertad y adoro ver esos nudillos picoteando. Eso me hace sentir débil y más femenina.

Creo que ya sé como me siento, me siento bien, condenadamente bien.

5-9-2003 / 6 a.m.

Esto es genial, comiendo poco y devolviendo mucho ¡he perdido en quince días tres kilos! estoy ansiosa por ver como estaré en uno o dos meses. ¡Talla 34 allá voy! Lo único que me preocupa es un extraño asco que estoy desarrollando hacia los gordos, te juro que me dan asco sobre todo verlos comer, no los soporto. Deberían encerrarse en sus casas y no mostrar tal crueldad de la naturaleza al mundo. Te prometo que si Hitler se hubiera dedicado a exterminar gordos en vez de judíos

todo el mundo se lo agradecería, ¿a que sí? Bueno por lo menos yo lo haría. ¡Glotonas de mierda!

15-9-2003 / 9 p.m.

Estoy empezando a asustarme. Hoy por primera vez me he hecho sangre en la garganta y cada vez tengo más picoteados los nudillos, ya me dan asco. Además estoy muy débil, demasiado débil, y noto que tengo los dientes muy sensibles, demasiado sensibles. Pero si hasta se me cae el pelo.

Creo que voy a dejarlo, no soporto encontrarme así; y luego está este sentimiento de culpa por mentirle a todo el mundo, no me deja dormir. Es que incluso he pegado a un gordo para quitarle al almuerzo (un donut) y tirarlo a la papelera. Te juro que ya no soy yo, no controlo mi vida, empiezo a darme miedo.

¡Ay!, si hasta me tiembla la mano al escribir, ¡socorro!

19-9-2003 / 1 p.m.

Bien ahora soy una mujer nueva, desde hoy he comenzado una dieta estricta que me he bajado de internet. Esto me encanta porque me siento bien y sana, mi etapa de ansiedad se acabó.

23-9-2003 / 11 a.m.

¿Por qué me pasa esto a mí? ¡Creí que lo de la dieta me ayudaría! Ja, sólo llevo cuatro días con la dieta y ya me he hartado a comer pasteles. ¡Y no! Porque otra vez he tenido que provocarme el vómito como una bulímica de mierda para echarlos fuera de mí. Me doy asco, por qué tengo que tener tanto apetito, me arrancarían las mallas de cuajo, me doy un completo y repulsivo asco. Pero no pasa nada, seguiré con la dieta, una vez no significa nada. Además necesito perder más kilos, pero cada vez las 34 las hacen más grandes, ya tengo dos pantalones de esa talla y todavía estoy rechoncha, no lo entiendo.

3-10-2003 / 7 p.m.

No puedo seguir luchando contra mi físico, todavía peso 44 kilos y vomitando cada día desde que volví a hacer la dieta. Encima mis padres me han pillado vomitando. No me entienden, yo no soy bulímica, puedo dejar de vomitar cuando me plazca, sólo me preocupo un poco por mi físico, no pueden entenderlo por más y más que yo se lo explique.

4-10-2003 / 10 p.m.

He ido con mis padres a un médico, un psicólogo encima, como si estuviera loca. Se han empeñado en hospitalizarme mañana mismo en Madrid. Por este año dejo los estudios para poder, según mis padres, afrontar la enfermedad. No sé por qué se empeñan en ponerse en mi contra, todo está en mi contra, ¡si yo estoy bien!

5-10-2003 / 10 a.m.

Mañana me ingresan y sólo me he desmayado unas tres veces, ¡mierda!, algo hice mal. Con tres desmayos sólo no debería haberse dado cuenta nadie. Ni eso sé hacer bien, soy una gorda asquerosa. Lo más fácil sería suicidarme, todo es mejor que el hospital y recuperar todos esos kilos que con tanto sacrificio he perdido, pero... soy una maldita cobarde con una conciencia demasiado desatrollada.

15-10-2003 / 5 p.m.

Ya estoy hospitalizada más de una semana, no me importa lo que dicen esos médicos, por las noches sigo vomitando, por mucho que ellos me controlen y ceben el resto del día.

21-10-2003 / 6 p.m.

Quince días en el hospital no me han hecho ganar peso y estoy feliz porque no sólo peso 44 kilos todavía, sino que poco a poco veo a alguien guapa en el espejo; poco a poco voy reconociéndome y pegando los pedacitos de mí que había perdido. El psicólogo dice que en unos meses ya conseguiré ver lo que soy verdaderamente y podré iniciar la segunda parte de la terapia, aprender a comer sano y equilibrado.

5-11-2003 / 9 p.m.

No consigo dejar de pensar en todo lo que hice sin odiarme. Cada día en las terapias de grupo oigo historias de otras chicas que acaban de ser ingresadas, yo intento hacerles ver como pueden acabar, pero es difícil, no quieren entender las cosas, piensan que todo está en su contra. Ahora entiendo a mis padres y amigos, ahora comprendo en lo que me convertí con sólo diecisiete años. ¡Dios!, ahora doy gracias de que se preocuparan por mí.

Mi psicólogo piensa que se me da bien aconsejar, por eso voy a empezar a dar charlas por diversos institutos, y ya son varias las chicas que han empezado a comer gracias a mí y eso me reconforta. Creo que puedo aprender, levantarme y continuar mi camino.

20-11-2003 / 10 p.m.

Ya llevo un par de semanas dando charlas y mañana me toca hablar en mi instituto, ¡estoy aterrada! Sé lo que algunas personas piensan acerca de las bulímicas, que son tontas, porque si una persona es gorda pues es gorda y ya está. Por eso me aterra enfrentarme cara a cara con aquellas personas que tanto me regañaban y advirtieron, me muerdo de nervios cada vez que pienso que tendré que abrir la boca y hablar mientras observo sus miradas y sus voces comentando lo delgada que estoy y todos los huesos que se me notan. Pero tengo que dar esa charla, tengo que salir completamente del fango.

21-11-2003 / 9 p.m.

¡Ya está! Toda la charla ha sido un completo éxito. Las miradas iban acompañadas de sonrisa, hasta las de los "no tan amigos". Todos se han sentido de alguna manera orgullosos de mí, algunos me han dicho valiente con sus palabras y otros con sus miradas, pero lo más importante ha sido que yo también me lo he dicho de ambas formas al mirarme al espejo. ¡Sí!

25-11-2003 / 11 a.m.

Hace un par de días fue la última terapia y le comenté al psicólogo que escribía un diario antes, durante y después de la enfermedad. El doctor se interesó por ti, compañero de todo este infierno, te leyó y te envió a una editorial que quiere publicarte. Yo no estaba muy de acuerdo al principio, al fin y al cabo todo lo que contiene es muy íntimo, pero si puedo ayudar aunque sólo sea a una persona a que se lo piense dos veces antes de dejar de comer y vomitar yo ya estaré feliz y satisfecha.

Categoría E

SEGUNDO PREMIO EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Pablo Bañón Navarro

La suave brisa marina inundaba mis pulmones con un aire esperanzado, con un aire que me recordaba a mi más tierna infancia, a mi gran sueño: la libertad.

-Un bello atardecer, Mrufai- dijo una voz femenina que estaba detrás de mí.

Me volví y contemplé a mi princesa, a la reina de mis pasiones. Allí estaba Elizabeth, vestida con las mejores galas, esperando a que su pretendiente se presentara en aquel barco, cosa bastante improbable. Todavía recordaba nuestro primer beso, el que desencadenó una serie de acontecimientos que cambiaron el rumbo de mi vida. La historia comienza hace mucho, en un remoto lugar del África negra, entre una exuberante vegetación y una playa de arena fina y aguas cristalinas:

-¡Mrufai, corre, venga, mira que hay en la playa!- exclamó bastante sorprendido mi hermano pequeño.

Aparté de mi vista unos cuantos matorrales, y ante mis ojos aparecieron dos siluetas que jamás olvidaré. Habían dos barcos, con gentes de tez blanca, que intentaban fondear en la playa. Los hombres comenzaron a saltar a la orilla, por lo que, terriblemente asustado, cogí a mi hermano del brazo y me encaminé a la aldea. Pero antes de que las formas de las viviendas llegaran a verse, un puñado de aquellos hombres me acorraló.

De poco sirvió la resistencia que hizo mi tribu: uno a uno, todos los aldeanos fueron matados, hasta que sólo quedamos diez. Nos pusieron grilletes en las piernas y nos ataron las manos con sogas. Cualquiera animal hubiera sido tratado mejor, pero sólo ahora comprendo el porqué: éramos negros, bichos raros a los ojos del hombre blanco. Por fortuna, o por desgracia, mi hermano también estaba entre nosotros, pero no lo volví a ver nunca más.

Los soldados blancos nos obligaron, a patadas, a entrar en sus naves y allí fuimos hechos. Debíamos permanecer tumbados y de lado, pues las medidas del habitáculo asemejaban a un sarcófago. Al cabo de tres semanas, el barco atracó en un puerto, y pude volver a ver la luz del sol. Todo en aquel lugar recordaba a la aldea: playas cristalinas, altas palmeras, etc. Pero una diferencia evidenciaba el porqué estaba allí: había muchos esclavos, y pronto comprendí que aquel debía de ser mi destino.

Fui comprado por una familia adinerada, a la que serví de jardinero, aunque también hacía todas las tareas que sólo las bestias aceptaban. Por aquel entonces, a mis dieciséis años, el Caribe estaba en manos españolas, pero fui a parar a uno de los enclaves comerciales ingleses.

Crecí y me desarrollé en aquella familia aristocrática, pero siempre al margen de una vida normal. Pero esto cambió: una noche la conocí, y mi vida cambió por completo.

Todo ocurrió una noche de verano, en la que las estrellas brillaban con fuerza y el vaivén de las olas mecían mis pensamientos. Como todas las noches, me disponía a recoger los

aparejos de labranza para que a la mañana siguiente mi dueño viese que todo estaba ordenado. Pero de pronto, alcancé a oír el débil quejido de una joven. A mis espaldas, una muchacha se retorció en un profundo llanto. Cuando me volví, mis ojos contemplaron a la más bella doncella que un hombre pueda ver jamás. Allí estaba Elizabeth, la hija de mi señor, acurrucada al pie de un árbol. Tenía miedo de acercarme, pues pensaba que se iría corriendo, pero su voz me reconfortó:

-John, ven, necesito alguien con quien hablar- masculló entre sollozos Elizabeth (en mi nuevo hogar me llamaban John, pues mi antiguo nombre era difícil de pronunciar) -Hace tiempo que necesito hablar con alguna persona que me comprendan. Tú sabes que mi padre es muy autoritario, y que yo debo hacer lo que él diga. Pues verás: ahora se ha propuesto enviarme a Inglaterra, y yo no puedo aceptarlo. Me siento sola, y la soledad me mata.

-No te preocupes, yo te ayudaré en todo aquello que pueda- alcancé a decir.

Desde aquella noche, después de caer el sol, solía acercarme al lugar donde nos habíamos encontrado y allí charlábamos largo tiempo. Nuestra amistad fue en aumento, pero debíamos mantenerla en secreto, pues los contactos entre negros y blancos, entre esclavos y dueños, estaban mal vistos.

Cuando hubieron pasado dos meses, su presencia ya era de lo más natural, y ella me contaba todas sus penas. En una de esas noches, fruto de un destello fugaz de amor, ella me besó. Y yo la estreché con fuerza, y desde aquel momento los dos fuimos uno solo. Pero jamás osamos aventurarnos fuera de la oscuridad nocturna.

Una noche, cuando nuestra pasión alcanzaba su punto más álgido, su padre nos vió. Su cara se estremeció. Rápidamente se acercó hacia mí, por lo que tuve que arrodillarme, y me propinó un fuerte puntapié. Fui encerrado en una de las habitaciones del sótano y mi ración de comida fue rebajada a la mitad.

Mi situación de arresto se prolongó un año, hasta que una mañana, uno de los mayordomos se acercó a la habitación y me dijo que debía salir, pues un gran viaje me esperaba. Cuando salí me encontré a Elizabeth, y ella me contó todo lo que había pasado: su padre, loco de furia, la había prometido con un inglés, y debía partir hacia Gran Bretaña. Pero su padre le había dado en dote el diez por ciento de sus posesiones, y eso me incluía.

-Ahora estaremos siempre juntos, aunque deba casarme. Tú serás mi criado y confidente, y mi corazón siempre te pertenecerá.

Yo, loco de alegría acepté su propuesta, y preparé mis escasas posesiones para la partida. Y entonces comencé a recordar mis tardes de libertad en África, y como había sido apresado e intuí que nunca sería libre, pues Elizabeth no alcanzaba a comprender que una persona pudiera ser dueña de su vida. Pero sí se dio cuenta de que el corazón de una persona nunca puede ser esclavo.

Ya en el barco, y en la más profunda intimidad, la besé y juntos atisbamos el futuro que nos esperaba: nuestros cuerpos serían esclavos, el suyo de su marido y el mío de ella, pero nuestras almas, nuestros corazones, nuestros pensamientos, serían siempre libres.

PREMIO POESÍA TE QUIERO Ismael Marco Cantos

*Si todo lo hiciese por ti,
nada haría por mí,
así sabrías que te amo
aunque yo no tenga amor.
Aun sin amor tener yo,
preso de tus cadenas estoy,
y esa locura por ti
ya ha hecho del todo presa de mí.
Mi cariño yo te doy
sin pedir a cambio nada;
pero conviértete en un hada
y fabrica sueños para los dos.
Me has robado el corazón
y me has dejado sin ninguno,
al menos se bondadosa
y deja que me lleve el tuyo.
Aunque no sea el caballero de la blanca luna
ni el caballero del dorado sol,
estáte tranquila que nunca
te apartaré de mi corazón.
Todos soñamos con ser
un caballero y tener
algo por lo que luchar
y un amor que defender.
Aunque esta poesía sea mala
y yo no gane nada,
sólo quiero hacer saber
que mi amor pertenece sólo a una mujer.*

Categoría Especial

PRIMER PREMIO

RITOS ROTOS

Pedro Abellán Hurtado

El suceso que a continuación me apresto a relatar ocurrió cierto lejano día en un pueblo situado en uno de aquellos olvidados rincones de la España profunda, un pueblo semejante a una escalera en que cada peldaño es a la vez tejado y base. Su gente, personas sencillas, no tenía más aspiración que trabajar de sol a sol unas tierras llenas de promesas.

Las principales fuerzas vivas se concentraban en un alcalde - pedáneo, un maestro de primeras letras, un cura de misa y rosario y un boticario - cirujano que, a falta de médico, dispensaba fórmulas magistrales, asistía a accidentes que requerían botiquín de urgencia, amén de aliviar resfriados y conjurar empachos y mal de ojo.

No se recordaba anécdota alguna digna de pasar a los anales de esta tranquila vecindad, pero la fecha que nos ocupa podría catalogarse de jornada histórica, tal vez única, tanto como aquella otra en la que el gran Julio César sufrió un inoportuno tropezón y consiguiente caída de bruces cuando pisó por primera vez tierras africanas.

Pues es el caso que, para oficiar el día grande de la novena en honor de Nuestra Señora del Santo Cielo, se disponía a llegar al pueblo un solicitado orador perteneciente a la orden religiosa de los jamoneros; aquellos a los que se les hacía llegar tocino y jamones a cambio de que renunciaran al privilegio de hacer vagar sus cerdos por las villas y prados a fin de que se alimentaran sobre el terreno.

Cumplía mediana edad, rechoncho y paticorto, de tez morena, siendo lo más sobresaliente de su anatomía unos ojillos vivos de aceituna y una nariz chata de aletas abiertas que delataban haber disfrutado en la primera infancia de un continuo atetarse en ubre mollar. Esta circunstancia hacía que los sentidos del olfato y del gusto los tuviera muy desarrollados. La boca, breve y hociucuda, le llevaba a proyectar violentas ráfagas salivares con las que asperjaba a su auditorio.

Vestía hábito descolorido, tirando a parduzo, por los efectos del sol y el derrame del pichel; de talla bastante amplia y ajustado a la cintura por un deshinchado cíngulo, ejercía el oficio tanto de notario penitencial como de compulsador de jamones y tintos de buena fama. Por las mangas, ya un poco cortas, asomaban, hasta casi media mano, los puños de una camisa, otrora tal vez blanca, con los bordes

adornados por lo que quedaba de una cenefa de pedrería fina, último vestigio de opulencia familiar.

Sus pies escasos no le permitían recorrer largas distancias en pocas jornadas, por lo que montaba cabalgadura pía, de largas orejas y rabo agíl que ejercía de garante oseador de toda clase de moscas y tábanos. Un asno, un buen asno, que podríamos considerar descendiente de aquellos otros que llevaron sobre sus lomos nada menos que a los sumos sacerdotes de las ciudades sagradas del Antiguo Egipto.

Nunca se supo el verdadero nombre de este predicador, ya que un descendiente de hidalgos conecedor de lejanías le había rebautizado con el apodo de "Padre Pijen", pues en tierras de los celtas al cerdo se le llama pig y a la gallina hen. Y es que, en el momento de la esperada homilía, tomaba posesión del púlpito como si de un corral se tratara; afilando las uñas y poniendo ojos de mochuelo amenazaba a la feligresía de esta guisa:

- "Así como a los halcones, antes de lanzarlos a la caza, les hacen picotear una pata de gallina para purgarles los sesos y abrirles el sano apetito, así mi misión entre vosotros es la de purgar en los hombres la lujuria y en las mujeres su falta de recato.

El uso carnal es un maléfico placer que sólo pueden compartir dos carnes distintas, pero un hombre y una mujer, desde el momento en que se unen en santo matrimonio ante Dios y el sacerdote ¡ya son una sola carne, no dos! ¡No cabe apetito por carne que ya no es ajena! ¡Sería un pecado gravísimo de gula lasciva!

Maridos, esposas, si no es para el sagrado fin de procrear, ¡no os busquéis!, ¡resistid los impulsos carnales!, ¡ahuyentaos el uno al otro con rugidos de león si fuera necesario!

Del proceder de los padres depende el progreso o decadencia de los pueblos.

Y vosotras, chicas jóvenes: ¡Vigilad esos escotes objetos de deseo! ¡Son salientes escaparates que ofrecen perdición! Os lo advierto: Si hacéis ostentación pecaminosa de ellos, clamaré al cielo para que defeque en vuestro seno el águila de San Juan. ¡Qué digo!..., ¡el toro de San Lucas!"-

Éste era someramente el sermón que les esperaba a las buenas gentes de este pueblo. A los matrimonios que tal vez no habían comprendido el magisterio de la Santa Madre Iglesia y no hacían el debido uso del sacramento. A las jóvenes que, sin saberlo, teñían de horribles tiznes la blancura de su interior, y todo el vecindario en general, que todavía estaba en mantillas en cuanto a lo que a mensajes doctrinales y disertaciones disciplinares se refiere.

Aquella mañana venían asno y pre-

dicador camino adelante; el asno acompañando con sus pisadas el latir de la tierra ya caliente y el predicador repasando mentalmente su vespertina plástica, cuando un agudo retorcion advirtió a este último de la necesidad imperiosa de exonerar el vientre, consecuencia de un copioso yantar y largo empine espiritoso. Najándose de su pollino, lo ató a uno de los árboles que flanqueaban el sendero y se apartó a un improvisado excusado para, sin solución de continuidad, empezar a desalojar el tracto; maniobra que fue advertida por un sonoro pitido que se extendió a los cuatro vientos. Era ésta una liturgia a la que siempre dedicaba un tiempo generoso, pero que en esta ocasión se iba a reducir a un escueto abrir y cerrar de ojo.

Estaba, como decía, en los albores de este concienzudo menester, cuando alcanzó a divisar cómo de una reata de gitanos que venía campo a través se desprendía una caterva de chiquillos, pequeños demonios chillones llenos de cazcarrias, dispuestos a lo que él se barruntaba y más temía: que le quitaban el burro.

Sin más dilación y ante peligro tan inminente, el desazonado fraile exhortó un atropellado Liberadme Domine, mientras, echando una mano atrás, arrancaba de raíz lo primero que palpó a fin de rematar, no sin reniegos, lo que para él fue siempre la más sagrada de las celebraciones.

Quiso el destino que, como castigo al peor de los sacrilegios, lo ciegamente extraído fueran unas matas de retama que, mezcladas con la rancia pedrería del realce de su manga, abrasarían todo lo que encontrasen a su paso.

Frotándose sin miramiento, obtuvo, como triste resultado de su despidado proceder, un enrojecimiento de la zona nalgar, añadido a un severo espasmo en los enfiñeres y feroz desollamiento del tras.

Recomponiendo sin presunción el vetusto vestuario y asiendo al sorprendido pollino del ramal, se reincorporó entre ayes y latinajos a la recta senda de la que, tal vez, nunca debió apartarse.

Sin atreverse a avergonzar con su maltrecho asiento al resignado compañero de viaje, siguió camino a pie mascullando para sus adentros:

- "¿Habré cometido inconscientemente delito alguno contra la fe o la razón? ¿He debido considerar a la Naturaleza como lugar sagrado libre de todo insulto de los Santos Padres al respecto, pero si ha sido la mano del Sumo Hacedor la autora de este castigo, aceptaré de buen grado los escozores del destino. Sólo espero de su infinita misericordia que, acaso por pecar de flema glútea, no me castigue a ir apestando desde lejos a herejía"-

Categoría Especial

Tras un rato de desconsolada congoja llegó, por fin, a la plaza del pueblo, donde algunos lugareños confundieron sus amanerados andares con el empaque del gran Mazzantini, aquel maestro en el arte de la lidia que dibujaba como nadie el paseillo en el prestigioso coso de Chinchón.

Nada más lejos de la realidad, a no ser, que asociáramos la repercusión que tuvo el ingreso del torero norteño en la política del país con la inevitable publicidad que alcanzó la entrada del vehemente orador en la botica de D. Licinio.

No obstante, la también innegable maestría de nuestro personaje en su oficio hace que la ya reseñada llegada al pueblo sea merecedora de glosarse en términos taurinos y decir que: una vez pisada la arena y recogidos desde los medios los calurosos saludos del respetable, demandó de su subalterno asnal y algunos espontáneos pegajosos un encorajinado ¡¡dejadme solo!!, entrando por su propio pie en la enfermería, donde, despojándose del percal y bajándose la taleguilla, mostró al boticario el desaguisado ocasionado por el reciente percance.

No había terminado D. Licinio de echar un ojo encima del otro cuando trascendiéndole la gravedad de lo visto, reclamó sin dilación la presencia de su esposa, Dña. Cástula, y del párroco, D. Anselmo.

Tras un cambio de impresiones, consensuaron la conveniente intervención: primero, se imponía un baño de asiento como tratamiento de choque. D. Licinio conocía ancestrales remedios para diferentes afecciones, pero caso como éste no se le había presentado nunca, por lo que se aventuró a actuar por asociación de ideas.

Solicitó de su mujer la jofaina de mayor calado para que se cumpliera sin problemas el Principio de Arquímedes; llenó las tres cuartas partes de su aforo con agua templada a la que añadió en sus justas proporciones una combinación de extracto de hormiga que aniquilaría las bacterias más resistentes; hojas de puerro, contra la mordedura de víbora; beleño, buen narcótico contra el dolor de muelas y celidonia, el mejor colirio para la vista.

Una vez conseguida la mezcla deseada, puso la jofaina sobre una silla baja y, ayudándose del párroco, hicieron al fraile flexionar las piernas para que, sentándose con mucho tiento, remojara su maltrecho trasero, centrándolo lo más posible.

Mientras hacían reacción todos los principios físicos y químicos puestos en juego, la mujer salió al corral y, al poco rato, regresó acompañada del pavo de más tronío que presumiera en la comarca y sus alrededores.

Terminado el baño de asiento y retirada la palangana con el mejunje, el boticario pidió, por recato, que fuera D. Anselmo el que secara las partes pudendas con una toalla de las del ajuar de Dña. Cástula todavía por estrenar.

Acto seguido, había que extender cuidadosamente un apropiado unguento hecho con cera, manteca y aceite de oliva, macerados tan concienzudamente como si se tratara del chimichurri argentino y que actuaría como eficaz suavizante y cicatrizador. El procedimiento que se habría de seguir en su posterior aplicación, tal vez pareciera poco común y la pose que habría de adoptar el paciente un tanto innoble, pero el éxito final se garantizaba de por vida.

No sin cierto sofocón, puso el herido la zona afectada en un plano lo más elevado posible, mientras confiaba en que con ello no le llegara sanción alguna, pues conocía ancestrales normas promulgadas por personas de acertado juicio y dirigidas a cristianos, moriscos y judíos que castigaban “a todo aquél que el culo pusiese en la faz de otro hombre o, con el mismo, en la cara pedos diere”.

Y una vez ajustado el nivel, cogió el boticario el pavo y, sacándole fuera la cabeza, en dirección opuesta al objetivo de la empresa, le ajustó el cuello entre los muslos de su señora para que el sufrido animal no advirtiera el infame destino para el que había sido requerido. Untó D. Licinio el más bello y reluciente plumaje con el preciado unguento y empezó a dar un suave y acompasado masaje por la zona que ya se mostraba limpia y sin aromas.

Aunque el predicador consiguió corajudamente la contención de los esfínteres, no pudo, sin embargo, evitar sentir un deleite mirífico que le llevó a un paulatino dejarse del temor de Dios y a que despertase su, hasta entonces, adormecida gárgola, la cual empezó a desperezarse, al tiempo que dejaba caer un hilillo de micción; recatado primero, sin miramiento después.

La boticaria, corrida por el gesto, le hizo la observación a D. Anselmo, el cual, apremiado por tamaña fechoría, pensó al instante en estrangular la tosca cañería con el cingulo con el que el fraile se ajustaba el hábito; pero, tras rezar un Padrenuestro, desestimó tal solución ya que podía tener efectos secundarios a todas luces indeseables. Pasados aquellos primeros momentos de zozobra, optó por oponer su immaculado bonete contra aquel apéndice que había adquirido su máximo caudal, recogiendo cristianamente en lo posible lo que ya era un incontrolado chorro y evitando así que se siguiera encharcando la coqueta rebotica.

Dña. Castula, todavía turbada por aquella profana visión que se resistía a ser fugitiva, apretó tanto los muslos que el cuello del pobre pavo asumió tal congestión que, en desesperado lance, avisó del duro trance con insistentes repiqueteos de pico, convirtiendo en asaeteados acericos las corvas de la señora. Ésta, perdiendo la compostura, intentó cortar el insuflado agujoneo con un insospechado acto reflejo: apriar con una mano firme la gárgola del fraile y con la otra el pico del pavo.

No acababa la impúdica primera mano de entrar en contacto con su objetivo y el predicador a comenzar a entonar el Exultate Jubilate, cuando una voz monocorde de barítono wagneriano que descendió desde lo alto advirtió inquisitorialmente a la boticaria que iba a llevar a cabo un acto de religiosidad mal entendida y que debía soltar su presa ipso facto, si no quería sufrir en sus propias carnes el peso inexorable de la ley. El cura, entre tanto, se había tapado los ojos con la mano que le quedaba libre, mientras un inconveniente temblequeo de la otra le llevaba a derramar por el suelo parte del contenido del bonete.

La voz advirtió a la boticaria de lo reprochable de su primera acción, pero no de las consecuencias fatídicas de la segunda, ya que la pobre mujer, avergonzada por la reprimenda recibida, apretó más y más el pico del no menos pobre pavo, por lo que, mientras la gárgola estuvo miccionando, y lo estuvo haciendo sin reservas, al animal no le permitió decir ni pío y murió asfixiado injustamente, víctima de un sublime sacrificio.

Así reza el final de esta historia: Dña. Cástula pidiendo inmediata confesión por lo que estuvo a punto de hacer, pero no hizo; el cura repasando mentalmente su vademecum penitencial para sancionar lo que pudo suceder, pero no sucedió; el boticario, ajeno a todo lo ocurrido por haber estado inmerso, nunca mejor dicho, en su quehacer, auscultando al pobre pavo sin llegar a explicarse su repentina muerte y el fraile... dormía plácidamente, hincado de rodillas, anestesiado por el continuo traqueteo que se habían llevado con él y que hubiera agotado a cualquiera.

Yo espero no haberle cansado a usted.

Categoría Especial

PREMIO POESÍA

OCHENTA Y CUATRO

Valentín García Valledor

"A la memoria de mis abuelos Valentín y Magdalena"

1

Jamás lo entendí.
Sigo sin entenderlo.
No sé cuánto hay que esperar,
qué hay que esperar.
Comprendo
por qué me muevo más lento,
por qué pienso más lento,
por qué reacciono más lento.
Entiendo
que la vida sigue su curso
y yo he alcanzado
la frontera que linda
con lo ignoto.
No tengo miedo a saber
lo que se esconde detrás.
Nunca tuve miedo,
quizá algo de curiosidad,
un cierto estremecimiento.
Sólo una inmensa inquietud
ante el momento exacto de partir.
Nada más.

2

Estoy siempre sentado,
llenándome de sol,
esperando pacientemente
que alguien venga a tomar
mi vieja mano
y me conduzca de regreso.
Pero nadie viene
al encuentro de un anciano.
Nadie escucha a un ser cansado
que oye con dificultad,
que habla con dificultad,
Jamás lo entendí.
Sigo sin entenderlo.
Comprendo
que este roto cuerpo
hecho de lágrimas
y de risas y sueños
se encorve buscando la tierra
de la que surgió.
Sólo siento que debo esperar.
¿Cuánto más?

3

Amanece otra vez.
Apenas duermo, apenas descanso.
Quizá esta madrugada sea
mi última madrugada.
Preguntó,
pero no hay respuesta
o si existe
-última esperanza-
no alcanzo a oír.
Sigo sin comprender.
No sé hasta cuándo puedo resistir,
hasta dónde debo llegar.
Me cuesta respirar,
me cuesta ver con claridad,
me cuesta pensar cabalmente.
Apenas una vieja persona
que se arrastra
sorteando mil obstáculos.
Sólo siento miedo
a resbalar y a quebrarme.
Nada más.

4

A duras penas avanzo,
a duras penas he llegado
a donde los hombres agonizan.
Deseo
que Alguien o Nadie venga
a buscar mi alma cansada.
Al Todo o a la Nada,
pero que sea pronto.
Sigo sin entenderlo.
No sé cuándo ni cómo,
pues llevo esperando impaciente
muchos años,
demasiado tiempo,
ese instante final.
Ese soplo que sé que es asfixia,
quietud,
sueño profundo,
antesala previa de lo desconocido.
Confieso
que se me hace eterna la espera.
¿Cuánto más?

ROMANCES DE MARZO

In memoriam de los inocentes caídos una infausta mañana madrileña en los trenes de la muerte.

ROMANCE DE CERCANÍA

**“La barbarie terrorista ha sumido hoy a España en el más profundo dolor, repulsa e indignación”
(Juan Carlos I, mensaje del 11 de marzo)**

1 LA MUERTE

De sonidos y de luces se llenaba la mañana, de ropajes milcolores, de premuras y pisadas. Pasajeros habituales ocupaban sus butacas, sin sospechar que la muerte les rondaba agazapada. Cobijada en escondite reposaba la alimaña -artefactos del demonio, traicioneras telarañas- con sus fauces de explosivo y sus garras de metralla. Abajo, once de marzo, estalló la intolerancia; arriba, Madrid despierta mientras los sueños se apagan.

2 EL LAMENTO

Se pararon los relojes al sonar la anhoramala. De lamentos y sollozos se llenaron las calzadas, de cascotes y de humo, de sirenas y de llamas. Entre hierros retorcidos reposan muchas gargantas que cantaron y rieron e imaginaron andanzas. Sobre sus ingenuos pechos se cerró la madrugada, y se abrieron los lamentos en balcones y barandas. No son casta de valientes quienes empuñan quadañías y toman la vida ajena asaltando por la espalda.

3 EL DOLOR

El rencor de los cobardes se tornó cruda matanza y dejó sangre inocente sobre andenes de esperanza. España alza su duelo entre lágrimas amargas. Todo se muere un poco cuando el día se desangra en padrón de oscuras cifras y nombres de escuela blanca. Un crucifijo se vergue sobre conciencias y almas, y nos recuerda a los hombres que venimos de la nada. Tanto dolor sin sentido, tanto dolor que avasalla, ¿A qué Dios le satisface? ¿De qué Señor es demanda?

4 LA ESPERANZA

De luto, los corazones, se visten otra jornada. Y al compás de los acordes, que los sollozos acalla, en los pechos piadosos van soñando las palabras. Estimados convecinos ya formáis en otra escuadra que no sabe de mentiras, ni de engaños, ni de armas. Sois espíritus de paz, sencillas y humildes almas, que os arrancaron del mundo sin permiso ni coartada. En vuestro cielo sin puertos quisiera atracar la barca que dejásteis en la tierra de ilusiones y nostalgias.

5 EL MAÑANA

Entre paredes de roble unos mártires descansan, cubiertos con un sudario de colores y quirnaldas. Sus cuerpos de ánimo joven no cayeron en batalla, ni supieron de la guerra sus semblantes de honda calma. Los cercenó la locura de quienes usan la infamia en nombre de sinrazones y de secretas venganzas. De sonrisas y de juegos desnudas quedan las plazas, y en cada hogar, y en silencio, lloran las gentes de España por un mañana sin miedo, porque acaben los fantasmas.

ROMANCE DE LEJANÍA

**Manifestación de los españoles bajo el lema
“No al terrorismo, sí a la Constitución y con las víctimas”
(Federación Española de Municipios y Provincias)**

Con banderas de paz y libertad desfila un río de dolor y rabia...

Este río social que inunda calles, que transita entre avenidas y plazas, mana de una dolorosa fuente, se agiganta con millones de lágrimas.

Este largo río que fluye constante testimonia y no olvida a las almas que cayeron injusta y fatalmente en una crepuscular alborada.

Este río inmenso de corazones no perdona ni olvida la espada que empuñaron unos seres cobardes escudados en siniestras demandas.

Este silencioso y profundo río que con tanto ímpetu avanza rechaza el terror y la barbarie, ahogando cualquier desesperanza.

Este río de espíritus hermanos solamente desagua y se remansa con el sentido tributo a las víctimas y el deseo de una mañana sin alarmas.

...porque sólo en el mar de la vida desemboca este río de esperanza.

De Valentín
García Valledor



Patrocina:

M.I. AYUNTAMIENTO DE CAUDETE